

HISTORIAS MÍNIMAS

Mostrar la ignorancia

Showing Our Ignorance

Cristóbal Gómez Mayorga*

Recibido: 18 de junio de 2025 Aceptado: 03 de julio de 2025 Publicado: 31 de julio de 2025

To cite this article: Gómez Mayorga, C. (2025). Mostrar la ignorancia. *Márgenes, Revista de Educación de la Universidad de Málaga*, 6(2), 272-274. <http://dx.doi.org/10.24310/mar.6.2.2025.22013>

DOI: <http://dx.doi.org/10.24310/mar.6.2.2025.22013>



Cristóbal Gómez Mayorga

RESUMEN

La aceptación de la ignorancia es requisito para aprender. En la escuela, el lugar destinado a adquirir conocimientos, se ensalza a quien todo lo sabe, marginando a quien ignora. Los centros educativos están plagados de rituales de exaltación de quienes sobre-salen, de quienes salen por encima de los demás, a costa del sufrimiento de quienes tienen dificultades. Se supone que a los centros educativos vamos a aprender, no a encumbrar a quienes ya saben.

Palabras clave: conocimiento; aprendizaje; incertidumbre; educación; ignorancia; sabiduría

ABSTRACT

Accepting ignorance is a necessary step toward learning. Yet in school—the very place meant for gaining knowledge—we celebrate those who already know and set aside those who don't. Educational spaces are full of rituals that glorify those who rise above, often at the cost of those who struggle. But we go to school to learn, not to praise those who already have the answers. How, then, can we make room for ignorance again—as a beginning, as an invitation, as a reason to learn?

Keywords: knowledge; learning; uncertainty; education; ignorance; wisdom

Sócrates, cuando dijo «solo sé que no sé nada», instauró que el principio del saber es la aceptación de la ignorancia. Lo desconocido, lo diferente, lo extraño... nos suele producir ansiedad, angustia o temor. Eso nos dicta nuestra mente, culturizada por tantos siglos de pensamiento conservador, intentando sobrevivir en un mundo complejo e incierto. El miedo a lo desconocido es un instinto que nos protege de los peligros de la incertidumbre. Intentamos permanecer confortables y a salvo frente a lo incierto. Pero la vida es aventura y riesgo, o no es.



*Cristóbal Gómez Mayorga [0000-0002-0995-2820](http://orcid.org/0000-0002-0995-2820)

Maestro jubilado

cgomezmayorga@hotmail.com



“En la escuela se premia al alumnado sobresaliente, pero, sin querer, culpabilizamos a quien sabe menos.”

No hay verdadera vida sin escudriñar lo desconocido, sin aventurarnos en la conquista del saber, sin buscar el conocimiento de lo que antes fue ignorado. De eso va la educación.

Stephen Hawking dijo que «*El mayor enemigo del conocimiento no es la ignorancia, sino la ilusión del conocimiento*». Una ignorancia negada nos mantiene para siempre en la más absoluta ignominia. La ignorancia reconocida es el principio de la sabiduría, pero es necesario poder soportar la incertidumbre.

En la escuela se premia al alumnado sobresaliente, pero, sin querer, culpabilizamos a quien sabe menos. Recuerdo que, con siete años, el maestro me ridiculizó deante de los demás por escribir «*Distado*» en el encabezamiento de un dictado. En vez de ver una posibilidad para enseñar, me marcó para el resto de mi vida escolar. También me humillaron miles de veces, corrigiendo en color sangre mis faltas de ortografía. Desde entonces aprendía a esconder mis escritos con la mano, evitando la humillación. Se acabó para siempre la posibilidad de preguntar, de mostrar mis errores, de dudar siquiera.

Solo cuando aceptamos la ignorancia como parte del aprendizaje, el alumnado encuentra sinceridad y realmente puede aprender.

En los centros educativos deben emerger los enigmas que anidan en la mente del alumnado. Y el profesorado debe enseñar caminos para que construyan el saber. Yo siempre pregunté en mis clases: «¿Quién no lo comprende?» Y cuando levantaba alguien la mano, decía: «¡bien!, me das la oportunidad de explicártelo de nuevo». El resto del alumnado se quedaba estupefacto por mi alabanza de quien no sabía algo. Estaban malacostumbrados a esconder su ignorancia. Y es que el profesorado está para enseñar a quien no sabe, y no para ensalzar a quien ya conoce.

He presenciado multitud de veces al alumnado parapetado tras la mesa para evitar que le pregunten la lección. Sin pretenderlo, estamos enseñando la evitación y el disimulo, en vez de educar en la sinceridad. Es necesaria una escuela en la que se valore la aceptación de la ignorancia.

Cuando el alumnado mira de soslayo, evidenciando que no entiende lo que se explica, se plantea una posibilidad de aprender, un mundo por conquistar, un problema por resolver. Por tanto, debemos propiciar esa sinceridad en el alumnado para que muestren sus lagunas, necesidades y desconocimientos.

En mi aula, comienzo los trabajos por proyectos preguntando qué quieren saber sobre el tema elegido. Ese deseo de saber lo ignorado es el motor del aprendizaje. Einstein dijo: «*Todos somos ignorantes. Lo que ocurre es que no todos ignoramos las mismas cosas*». Por ello, en mi aula construimos aprendizajes en asamblea, entre todas las personitas sentadas en corro. Así, los enigmas se van compartiendo y los saberes se van construyendo en compañía.

El conocimiento es paradójico, porque mientras más sabemos se nos abren más incógnitas. Es el llamado *círculo de la ignorancia*, sobre el que Einstein nos iluminó. Al ampliar nuestro conocimiento, también ampliamos nuestra conciencia de lo que desconocemos. Por tanto, debemos aprender a ser humildes, porque el universo del saber es inabarcable.

Aristóteles escribió que «*el ignorante afirma y el sabio duda y reflexiona*». Por ello, la esencia de la educación debe ser la reflexión sobre las dudas que nos plantea la vida. Porque a la escuela vamos a aprender a pensar, necesidad imperiosa en este mundo plagado de bulos y mentiras, donde es difícil discernir la mentira de la verdad.

